SANTA INÉS

VIRGEN Y MARTIR.

La religion reune la gracia y la fuerza de un modo incapaz de realizarse por ninguna institucion humana, y la prueba mas elocuente y sencilla de esta verdad es la vida y la gloria de santa Inés, humilde jóven de quien ningun historiador profano hubiera jamás hablado al mundo. Inés sacrificó desde la tierna edad, embalsamada aun con los ósculos maternos, y en la que las vírgenes solo conocen la sonrisa y la alegría, toda la dulzura y encanto que otras hallan por lo regular en la vida, para sufrir un doloroso martirio; y su alma infantil, impulsada por la fuerza é intensidad del amor divino, manifestó sentimientos y acciones en que los corazones mas animosos sucumben ó desmayan. Por esta razon ha recorrido su nombre el universo, y ha cruzado los siglos en alas del respeto y del amor de los pueblos cristianos, y se ha engrandecido con los homenajes del genio y de la virtud. Todos los años el 21 de enero, doscientos mil sacerdotes, orando en nombre de la Iglesia entera y representando ante Dios doscientos millones de hombres, veneran piadosamente á santa Inés, la contemplan como un modelo ilustre y la invocan como una protectora y un apoyo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Estraño contraste que prueba á su modo el orígen y la autoridad superior de la religion! En el mismo siglo que tenia lugar el martirio de Inés, un emperador que dominaba la mitad del mundo y empuñaba la poderosa espada de Roma, bajo la cual se habian hecho pedazos todos los tronos, atacó con supremo esfuerzo la cruz de madera desnuda y débil, que habian conmovido nueve persecuciones y que por fin iba á llegar á su completo desarrollo y á ahogar con su sombra los caducos dioses del imperio. Decidió cortar de raiz el árbol sagrado, y creyó tan cruelmente en la estension y duracion de su triunfo, que acuñó una moneda para hacer ver á la posteridad que habian existido cristianos. Pero pocos años despues la Iglesia era conocida solemnemente, y su jefe ocupaba tanto espacio en Roma, que los césares retrocedieron ante él hasta Bizancio. El emperador que tan neciamente habia hablado al porvenir, anunciando su victoria, dejó sus cenizas en un sitio ignorado, donde alguna planta oscura las dispersó un dia sin que la historia se parase en apuntarlo en sus páginas.

La Iglesia por el contrario salva á sus mas humildes hijos, cercándoles con la auréola de su gloria, y se complace en contarnos su vida para honrarles é instruirnos.

Respetables testimonios nos inducen á creer que santa Inés sufrió el martirio en la décima persecucion, que es la de Diocleciano, es decir, á principios del siglo cuarto, y es cierto que murió además de edad de trece años, si se fija su nacimiento en 290 ó 292. Sus padres eran de distinguida alcurnia y de insigne piedad; su nombre no carece de cierto misterio, pues significa *castidad* en lengua griega, y *cordero* en la latina. Y ciertamente que merecia tan dulce nombre la vírgen que tenia la gloria de la castidad y la inocencia del cordero. Vivió, padeció y murió en Roma; y el poeta Prudencio, que ha cantado su victoria, dice que su sepulcro estaba cerca de la ciudad.

Inés era de tierna edad, pero sus pensamientos pertenecian á la mas elevada esfera; su cuerpo era débil, pero su alma fuerte y su beldad igual á la generosidad de sus sentimientos y de su fe. Cierto dia al salir de la escuela, la vió el hijo del prefecto de Roma que quedó prendado de sus gracias y de su juventud; pidió su mano á sus padres, y le ofreció inmensas riquezas, palacios, haciendas, numerosos servidores, espléndidos joyeles de lujo, y los placeres de la vida de los patricios y todos los deleites que halagan ordinariamente el débil corazon de las mujeres.

Pero Inés respondió que estaba prometida ya al mas noble y mayor de los esposos, el cual poseia mas preciosos tesoros, mas encanto en su mirada y mas ternura en sus labios. « Su madre es vírgen, añadia; los ángeles la sirven, los cielos la contemplan con admiracion, cura los enfermos con solo tocarlos con sus manos, y los muertos resucitan bajo sus plantas. Yo le doy todo mi corazon y le juro eterna fe, porque amándole se conserva la pureza. » Las costumbres del imperio y las leyes consagraban la desigualdad en el matrimonio, introduciendo la violencia y la servidumbre en el hogar doméstico, y las jóvenes cristianas no podian salvarse de las prácticas de la idolatría y de la corrupcion si no permanecian absolutamente dueñas de sí mismas y rehusaban las alianzas terrenales. Y como el antiguo mundo se estinguia en medio de la malicia y del desenfreno, era preciso herirle vivamente, despertar su sentido moral con el espectáculo de las virtudes enérgicas y hacer vulgar un género de heroismo, cuyo heroismo eficaz no podian hallar los paganos en sus almas. Una inspiracion providencial indujo sin duda á un gran número de cristianos á permanecer voluntariamente celibatos, no para vivir de un modo asqueroso y libre, como los adoradores de las falsas divinidades, sino para conservarse á manera de ángeles con inocencia sin mancilla. Finalmente, el desencadenamiento ó la inminencia de la persecucion, la fuerza y la vivacidad de una creencia que desafiaba los tormentos y la muerte, y la prolongada y dolorosa tragedia, en que se veia correr la sangre cristiana de un estremo á otro del imperio bajo el cetro de los césares, inspiraban graves pensamientos á las almas mas jóvenes, separándolas de las frivolidades y deleites de la tierra para trasportarlas al mundo de las realidades y de las alegrías eternas. La historia eclesiástica nos muestra con frecuencia en aquella época á las herederas de grandes fortunas y nombres eminentes, mas ocupadas en adornar su alma que en aumentar las gracias de su rostro; desposadas del cielo y no de la tierra, y como santa Inés, pensando tan solo en Jesucristo al exhalar sus castos y amorosos suspiros.

En una época y en un pueblo donde el solo nombre de cristiano era

un delito, fué muy fácil arrastrar á Inés hasta los tribunales, y se creyó empresa fácil vencer su corazon de niña con la ruidosa publicidad y el aparato de un proceso, no habiendo podido triunfar con una pacífica confidencia. El prefecto de Roma, para complacer ó vengar á su hijo, dió órden de que presentaran á Inés á su tribunal. Viéndola tan delicada y jóven le dirigió lisonjeras palabras mezcladas con amenazas; pero ella se mostró superior á todos los ardides, despreciando las caricias y no intimidándose con la severidad. El prefecto mandó á sus padres que reprimiesen una tenacidad tan precoz, y no pudiendo perseguirles directamente por su ilustre cuna, les acusó de cristianismo. Contaba además con la reflexion para vencer su resistencia.

Pero, cuando al siguiente dia mandó comparecer á Inés, se asombró de verla tan firme y tan invencible como el dia anterior en su resolucion. En una edad en que las demás jóvenes lloran por la picadura de una aguja y no pueden resistir la mirada airada de un padre, Inés vió y oyó sin temblar las manos sangrientas y la voz terrible de los verdugos, las pesadas cadenas, las crueles amenazas, las espadas desnudas y los instrumentos y aparato del suplicio. « Conozco, dijo Sinfronio, que no se podrá vencer tu locura ni convencerte con saludables consejos, mientras seas víctima de la fascinacion de la supersticion cristiana. Voy á conducirte á los altares de la augusta Vesta, y si quieres vivir en la virginidad, tus dias y tus noches pasarán en las ceremonias del culto de la diosa. » La jóven respondió, con la plenitud de sabiduría que Jesucristo ha prometido á todo cristiano acusado por su fe y obligado á defenderse : « Si he desdeñado á vuestro hijo, que al menos está dotado de razon, que toca, oye, anda y goza de luz y de vida, ¿cómo podré rendir culto á ídolos mudos y sordos, sin inteligencia ni sentimiento, é inclinar mi cabeza ante piedras inanimadas? — Me hago cargo de tu inesperiencia, dijo el prefecto, y no quiero reprimir al punto tus blasfemias en consideracion á tu tierna edad. —No os compadezcais de mi niñez, pues no temo vuestra severidad. La fe es hija del corazon y no de los años; Dios no consulta la edad sino la conciencia. Dejad que se enojen esos dioses cuya cólera temeis despertar; que hablen y me den ellos mismos la órden de honrarlos. Además, pretendeis un objeto que no conseguireis. »

Fué preciso recurrir al rigor; cargaron de cadenas á la desventurada niña, pero los hierros eran desmesurados para sus miembros delicados, y se deslizaban de sus manos. Apenas tenia la fuerza de batir y sufrir, pero no le faltaban el valor de la lucha y el secreto de la victoria; y su tierna edad, que la hubiera absuelto sucumbiendo bajo el peso del dolor y del temor, no le impidió dar al mundo el ejemplo del mas varonil heroismo. Ofreció su cuerpo á los tormentos sin alterarse su ademan y su lenguaje, presagiando que un socorro bajado de los cielos le ayudaria á vencer el dolor y las caricias. La arrastraron al pié de los ídolos para obligarla á que los adorase, pero confesó solemnemente su fe en Jesucristo, y alzando sus manos parecia formar con ellas la señal de la cruz y dirigir sobre los autores sacrílegos el trofeo victorioso del Redentor.

El prefecto, deseoso de vengarse de la intrépida y noble vírgen, imaginó afligirla con los mas cobardes insultos y entregarla á las locas pasiones de la juventud. « Si tan fácilmente desafías el sufrimiento, le dijo, y si desprecias tan heróicamente la vida, mirarás al menos la virtud como un tesoro. Pues bien, elige; sacrifica á la diosa Vesta en honor de tu familia, ó te hago esponer con oprobio en un sitio donde no te salven la magia ni los encantamientos de los cristianos. » Inés le respondió dominando desde la altura de los sentimientos cristianos al magistrado, é inspirada sin duda por el que infunde la elocuencia á los labios de los niños : « Si supierais quién es mi Dios, no pronunciaríais semejantes palabras; pero yo que conozco la fuerza de Jesucristo, escucho vuestras amenazas con tranquilo desden, pues estoy segura de no sacrificar á los dioses y de salvarme de la temeridad de los que desdoren mi cuerpo con sus imprudentes miradas. Jesucristo ama á los que le pertenecen y no los abandona en los peligros. Tengo por custodio un ángel de Dios, que no es de mármol mudo ó de bronce insensible, sino que habita los cielos desde donde vela y me defiende. Podreis quitarme la vida, pero no profanarme. »

El insensato Sinfronio mandó que se ejecutase su sentencia inmunda y desnudasen á la vírgen cristiana. « La multitud se llenó de tristeza, dice el poeta Prudencio, y se alejó volviendo á otra parte los ojos. » El papa Dámaso que escribia en la segunda mitad del siglo en que murió santa Inés, y el autor antiquísimo que ha contado mas prolijamente el martirio de la

santa, están de acuerdo en afirmar que su larga y copiosa cabellera, que le llegaba hasta los piés cubriéndola como una vestidura, la protegió milagrosamente contra la insolencia de los libertinos :

> Nudaque profusum crinem per membra dedisse,
> Ne Domini templum facies peritura videret.

Otros cuentan que una muralla de luz rodeó á la dulce vírgen que deslumbró los ojos de los espectadores. ¿Debemos asombrarnos si Dios para consolar la virtud é instruir á los hombres, daba á un cuerpo que se le habia consagrado con un alma libre y un corazon generoso, el vestido de esplendor deslumbrante que da todos los dias para regocijar el firmamento y madurar los sembrados á un sol mudo y ciego que no sabe comprender ni amar?

Esta maravillosa luz no impuso empero á un jóven que se propuso vencerla con la obstinacion de su mirada, pero fué herido como el rayo y cayó de espaldas, cegado por un destello vivísimo, y agitándose convulsivamente; sus compañeros lo levantaron con espanto y vertiendo lágrimas, en tanto que la santa repetia las alabanzas á Dios Padre y á Jesucristo, dando gracias porque se dignaba defenderla con tanta eficacia y preservarla de los ultrajes. Unos la miraban como una hechicera, otros como una impía, y muchos la proclamaban inocente y piadosa. Le pidieron que orase en favor del temerario, á quien acababa de derrocar con tan asombroso poder ; le curó la ceguera, y segun afirman antiguos testimonios, le abrió tambien los ojos del alma y le convirtió á la fe, al devolverle la salud y la vista. Así obraban, empero, los discípulos del Crucificado, orando por los que les ofendian, y dándoles, en cambio de los tormentos sensibles y de la muerte temporal que recibian, la vida espiritual y sus puras alegrías.

El primer triunfo de Inés logró salvar lo que ella amaba mas en el mundo, y el segundo alcanzar una muerte violenta y la palma del martirio. El grave magistrado de Roma, irritado por no haber podido vencer á una niña con la persuasion ni con el ultraje, y deseoso además de conservar la dignidad del poder imperial y el respeto del culto de la nacion, creyó que era preciso evitar tan inminente riesgo, desplegó su supremo

influjo y pronunció la sentencia de muerte contra una vírgen de trece años que intimidaba al estado y á los dioses. Inés se estremeció de regocijo al ver el verdugo con el acero en las manos, y dijo estas palabras que ha repetido Prudencio en sus himnos : « ¡Bien venido seas! prefiero que venga á visitarme este horrible y desapiadado verdugo á las caricias y elegancia de un jóven gracioso y perfumado. Hé aquí un cortesano que me place; saldré á su encuentro para saciar cuanto antes mis deseos, y recibiré anhelosa la muerte que debe unirme á Jesucristo y subirme á los cielos. »

> « Exulto, talis quod potius venit
> Vesanus, atrox, turbidus, armiger,
> Quam si veniret languidus ac tener,
> Mollisque ephebus, tinctu aromate,
> Qui me pudoris funere perderet.
> Hic, hic amator jam, fateor, placet... etc. »
>
> AURELIO PRUDENCIO, *himno* XIV.

« Inés volaba al suplicio con tanta alegría y presteza, dice san Ambrosio, como otra á la cámara nupcial, y estaba radiante y adornada, no de joyas ó flores frágiles, sino de su virtud y de un brillo sobrenatural que le enviaba Jesucristo. Todos lloraban mientras ella no derramaba una sola lágrima; todos al verla tan jóven hubieran deseado que no mostrara tanta constancia, y el mismo verdugo sintió en su pecho la compasion y se esforzó en combatir la resolucion de la generosa vírgen, tratando de intimidarla con amenazas y de obligarla con lisonjeras promesas. « Seria hacer un ultraje á mi Señor, si creyese que queria desprenderme de él. ¡ Perezca un cuerpo que puede agradar á los demás! » Despues oró, y al mismo tiempo que se alzaba el hacha del verdugo, inclinó la cabeza para adorar á Jesucristo y recibir mejor la herida de salvacion, la herida propicia que quita la vida temporal y da la eterna. El acero cayó sobre su cuello y cortó su cabeza de un solo golpe. »

Despues de haber descrito el poeta Prudencio con la fidelidad de historiador lo que sabia respecto á la vida y muerte de santa Inés, nos la demuestra abriéndose el cielo con su victoria y entrando en él como en triunfo. « Su alma, dice, vuela libre y pura, y se remonta hácia los cielos, acompañada de un coro de ángeles y dejando en pos de sí un re-